

¿QUIÉN TOCA LA CAMPANA?

*Por: Mauricio Vanegas Gil
Estudiante de Antropología
Uniclaletiana - Medellín*

Él era de carácter simpático, demostraba autonomía y cumplía con lo encomendado, tenía un ego particular, sin ser un muchacho atractivo, un exceso de seguridad ardía en su sonrisa como diciendo ¡mírenme aquí estoy! Desde el principio fue evidente que estaba repitiendo el año escolar, no sólo era el tamaño excesivo de su cuerpo para grado séptimo, también estaba el hecho asociado a los antecedentes: era sobreviviente de una catástrofe de grupo, la mayoría había sido expulsados o peor aún, asesinados. La situación de microtráfico en el barrio hacia de la juventud un lugar inseguro para estar.

Molina, sólo revelaba su nombre cuando el interlocutor era mujer, faltando escasos minutos para terminar cada clase, miraba un extravagante reloj imitación de una marca cara, que apretaba su muñeca izquierda; se levantaba del puesto de manera coreográfica, atravesaba las filas de pupitres, sin mirar atrás, sin pedir permiso, partía alejándose del salón en la dirección conocida, regresaba después del toque de la campana, cuando el docente de turno había abandonado el grupo. Molina volvía con una convicción en el rostro, como de ajedrecista vencedor, mientras, me ardía de rabia por la envidia de no ser la persona delegada para tocar la campana.

Cada cincuenta minutos mi concentración se detenía en el sonido de la campana para emitir un juicio sobre la tarea de Molina, a menudo no quedaba duda de que era el mejor: tin, tin, tin. Monofónico dispuesto a la vibración de una octava superior de Do, trescientos sesenta y cinco hercios que no me permitían reclamos, mi sueño dorado de tocar la campana contemplado desde la primaria tendría que esperar.

Los lunes particularmente eran tediosos, los cincuenta minutos de clases tenían seria tendencia a prolongarse dentro de los márgenes normales del segundero. Doña Rosario, la directora de grupo, tenía un sexapil particular consistente en el evidente la anacrónica del sostén, lo que perturbaba la mente recién arrojada al crecimiento de bellos púbicos; fue ella la que por disposición adecuada de los cuarenta y tres alumnos, decidió que Molina se tenía que sentar al lado de un compañerito juicioso, responsable, ejemplar; entiéndase “gueva” para todo estudiante de educación media de colegio oficial clase baja, ese era yo, debo confesar que por alguna razón desde siempre me ha costado decirle ¡no! a un ladrón potencial o a una mujer sin sostén.

Así me vi arrojado a un universo festivo, tranquilo pero emotivo, al lado de Molina me di cuenta que mis zapatos eran cuidadosamente bien lustrados; podía reflejarme en ellos, mi pantalón era bastante azul en relación al resto del grupo, mi camisa colegial solía estar dentro del pantalón, era la solida imagen de niño juicioso. No se cuando me convertí en ese personaje, pero sí sé precisamente cuando dejé de serlo.

Molina se dirigía a mí con un respeto irónico, a menudo cuando necesitaba algún favor de carácter académico como: el trabajo del día, la tarea de matemáticas, la respuesta de la trece, la ortografía de la palabra solución y cosas de ese tipo; no me molestaban. De esa manera inició un dialogo entre ambos sobre el prójimo, la estudiante nueva, el cuerpo de Olguita, el precio de la gaseosa, el olor del profesor; él a menudo interrumpía el dialogo sin ninguna cortesía para partir en dirección a la campana, yo volvía ser consumido por la necesidad de mirarlo a los ojos de manera desafiante para decirle. “Molina, déjame tocar hoy la campana” así impositivo, si le decía déjame, quizás no me dejaría, pero algo de pudor me impedía cualquiera de sus formas.

Un día cualquiera me invitó a bolis en el descanso, me presentó con sus demás amigos y empecé a sentir que mi aspecto de niño bueno necesitaba cambios, era cuestión de adaptarme al nuevo entorno. Los cambios se vieron estimulados por la nueva mirada de Olguita, el saludo de Daniela e incluso el reconocimiento de doña Rosario. Un día dijo públicamente en medio de una explicación sobre los persas. “¡Molina y Rodríguez se quedan callados, pero ya!” Un regaño que me supo a gloria, mi apellido empezaba a figurar en las grandes ligas.

Como estudiante uno tiene la opción de ser reconocido por bueno o por malo, yo verifiqué

en la práctica que por malo es más fácil a la memoria del docente, sobre todo el primer apellido, hasta ese día fui un niño ubicado en la fila del extremo izquierdo, tercera silla, al lado de la columna, para convertirme en Rodríguez, el que está al lado de Molina.

El panorama desató algunas medidas que llegaron muy pronto, para la siguiente junta de padres le contaron la historia de terror a mi madre, en consecuencia, me prohibió toda relación con el mencionado Molina, y como era de esperarse el severo castigo. se lo conté en el descanso, sonrió con burla y luego me llevó a donde unas niñas de octavo que querían conocerme; después del dialogo con la monita no recordé las advertencias de mi madre.

¿Cómo perder el privilegio de ser público admisible y deseado por la misteriosa condición femenina?, ¿cómo salir del equipo de futbol del salón que me reservó el puesto de arquero?, ¿cómo pasar desapercibido en un mundo en el que el tonto es carne de cañón? las respuestas no llegaban por reflexión, sino por acción: aprendí a capar clase, a elaborar todo tipo de fraudes, a conquistar niñas estudiantes de grados superiores; aunque no faltaron imposibles, a caricaturizar profesores, a atrapar balones en condición de gol en un agitado descanso, a escuchar Vilma Palma e vampiros, e incluso a escaparme del colegio en intrépidas misiones que incluían: operativo de cautela, llamada al puesto de vigilancia, verificación y salto por la malla lateral occidente, una dosis de adrenalina exaltaban el cuerpo del adolescente, la tarde se volvía promesa de aventura.

Mis notas disminuían de manera terminal. Un día particularmente frio me llamó doña Rosario a su oficina, el relieve de sus pezones en la blusa blanca me miraban como un par de ojos acusadores, se dispuso en el

escritorio de manera que quedamos frente a frente y fue contundente en su propuesta: dejaba de juntarme con Molina, delataba sus faltas al manual de convivencia y me prometía asignarme la campana. Sabía propuesta, vil chantaje o simple método de presión creadora del mito siempre sugerente: “la profesora me la tiene montada”.

- Piénsalo unos días y me dices-, agregó al fin de la entrevista.

Aún sentía respeto por ella, era una mujer joven y muy bella, la deseaba, ella lo sabía, pero disimulaba. Decidir, sí me acercaba más a doña Rosario, podía ser monitor de clase, quizás su alumno predilecto. Pero Molina era un amigo que me había enseñado aquello de lo que carece la educación; me había enseñado del juego de vivir y que vivir era un juego, no cualquier juego. Me hallaba en la paradoja de decirle no a un criminal potencial ó a una mujer, cuyo sostén dejaba ver lo que serían sus hermosos pezones. Razones de tipo sexual me llevaron a decidir aceptar dicha propuesta, pero, llegó al colegio un profesor nuevo en remplazo de doña Rosario, de quien no volví a tener noticia; los profesores dijeron que era un traslado, los estudiantes de once dijeron que la sucedían en el cargo por izquierdista, no faltaron rumores que decían que no aceptó una invitación a salir del coordinador de disciplina.

El profesor nuevo era irónicamente viejo, quizás jubilado, algo esquizofrénico, al que yo mismo bauticé como albañil, desde entonces se le conocía así. Para él, el grupo era nuevo, en esas condiciones yo era malo de entrada; de modo que la propuesta de rectificar el camino perdió vigencia y como señal del destino preferí cultivar la amistad de Molina. Nunca le revelé mi duda, ni la propuesta de Rosario, pues con su usencia le tomamos la confianza necesaria para perderle el “doña”. El año siguió su plazo;

no sé como sobreviví a la academia, ni como habilité tantas materias, pero nos volvimos a encontrar en octavo: Olguita, Molina, Daniela, Víctor, etcétera. Albañil también continuó como director de grupo, era aburrido hasta al agotamiento, condescendiente con la élite que para entonces se fortalecía al lado de Molina y Rodríguez, en momentos de rabia era tartamudo, en el preciso instante en que perdía el ritmo de la clase para siempre, porque las risas e imitaciones no tenían como parar. En cierta ocasión empezando octavo, Víctor un compañero de la elite, reconocido, por la falta de una oreja por razones innatas, su apodo era “pocillo”; le dirigió al profesor un chiste alusivo a la albañilería, el aludido le dirigió una mirada ofensiva y con el tartamudeo mencionado le dijo:

- ¿A,a,a,a... usted le,le,le,le gusta que le digan taza?

- No es taza, es pocillo-, le contestó Molina mientras salía a tocar la campana, en medio de las carcajadas de todo el grupo. Ese año tampoco fue posible que tocara la campana, tampoco se lo había pedido a nadie, sin embargo, por alguna razón el asunto no había perdido importancia para mí; menos aún había podido decirle a Molina (asuntos de cobardía) que me dejara tocarla, tampoco había podido dejar su amistad, aunque mi mamá lo creyera, todavía no había podido robarle un beso a Olguita. No se para cuando pensaba dejar tantas tareas.

En vacaciones o fines de semana igual nos veíamos, el grupo de amigos había crecido, pero la amistad entre Molina y yo era diferente; el decía públicamente que yo era su mejor amigo, lo compartía por esa maldita costumbre de ocultar lo que siento. De vez en cuando compartíamos partidos en la cancha. Fue así que un domingo siendo la hora meridiana sonó el teléfono clásico de mi casa, era Molina con una invitación a jugar,

algunas risas y rumores de conquista. Colgué, dispuesto a dirigirme al sitio de encuentro. Quince minutos después de la hora pactada, Molina no había aparecido; no me sorprendía menudamente era impuntual al igual que muchos de nosotros. Nada extraño; la gente pasaba, las palomas que vuelan al estallar la pólvora cercana, ¿o será bala? Uno nunca sabes qué es una detonación o la manía de pensar en lo peor.

Veinte minutos después timbra el teléfono clásico de mi casa, contesta mi padre, un tipo agrio por momentos indeseable, conversa treinta segundos, cuelga. Dos minutos después vuelve y timbra el teléfono clásico de mi casa. No estoy en casa, soy el que llamo, contesta mi padre y antes de hacerle la pregunta ¿me ha llamado Molina? me suelta la bomba.

- A Yeison lo mataron.

- Cómo-, alcanzo a decir. No es pregunta, es sorpresa. Sin embargo, él me repite

- A Yeison lo mataron-, Y agrega: -Vengase para la casa rápido-.

No voy a obedecer y él lo sabe, cuelgo el teléfono, supongo que él también.

Voy en dirección a la casa de Yeison, por supuesto: Yeison es Molina, el juego de futbol se cancela, el mundo es un lugar más vacío. En la ruta me encuentro rostros conocidos, pero ninguno se me acerca, temen darme una sorpresa. El camino es largo, alcanzo a engañarme. No es él, mi padre está confundido, está loco después de todo. Que tonto, no es Yeison a lo mejor es el Hermano pero el temor persiste, las palomas asustadas en efecto era bala, ¿cuántas fueron? tres ó cuatro, tal vez cinco, en fin. En efecto era Yeison, su cuerpo demorará en entregarlo: la madre llora, el hermano llora y entonces yo también lo hago, el mundo es un lugar vacío.

Algo de ironía tiene esta lección de bienvenida a la vida, aún soy joven para entender que éste tipo de despedidas son definitivas. Algo entre fantasía e influencia del cine se aferra a que sea un mal sueño, una farsa montada para una misión, pero todo es en vano. El sueño avanza con un cortejo fúnebre; el peso de ser su mejor amigo me delega la tarea de avisarles a los demás. No es fácil, hay lágrimas, sin embargo, no hay llanto.

Es lunes, suena el teléfono, contesta albañil:

- Diga.

- profe soy... Rodríguez, es para comentarle que a Molina lo mataron, no voy a ir a clase.

Que vaina-, Contesta el albañil al otro lado de la bocina.

Nada más para recordar. Una vez en el velorio muchas lágrimas, gente que desfila con un dolor fingido o prestado, el espectáculo es nuevo para mí. Un lugar reservado es la soledad, estoy de blanco debatiendo con la crisis suicida que ronda al adolescente. Llegó Albañil, su vestuario disimula el apodo, está incluso peinado; me mira a lo lejos y se acerca en cortes silencio.

- Mi sentido pésame Rodríguez, sé qué era tu mejor amigo.

- Gracias profe.

Guardamos algo de silencio, de ese que cuando empieza a ser insoportable nadie se acerca, el mundo parece detenerse, alguien debe hablar y creo ser yo.

- Profe

- ¿Si, Rodríguez?

- Yo quiero seguir tocando la campana

El me mira como quien no entiende la explicación de una ecuación. Luego de un silencio dice:

- Estaba pensando en Olguita.

- Qué casualidad, también yo..